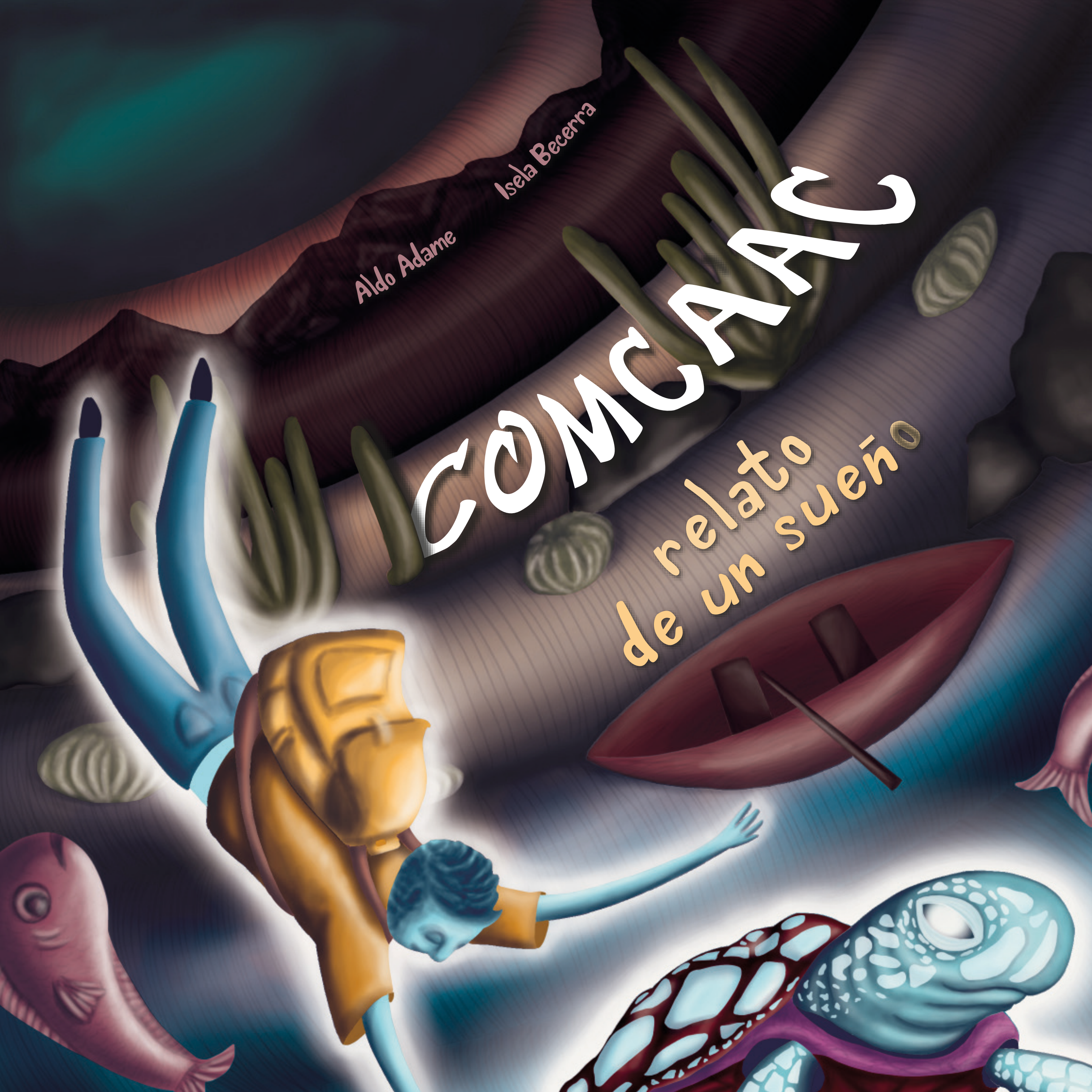


Aldo Adame

Isela Becerra

COMCAAC

de relato
de un sueño





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



2020
AÑO DE
LEONA VICARIO
CELEBRADA MADRE DE LA PATRIA

Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI)

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,
Investigación y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

COM CAAC

Relato de un sueño

Aldo Adame Pérez

Texto

Isela Becerra Rodríguez

Ilustraciones

Liliana Flores Estrada

Corrección de estilo

Claudia León Ramírez

Diseño editorial

Norberto Zamora Pérez

Coordinación

Recolectando fragmentos



Advertencia

Este texto tendrá la duración de un sueño.

Están advertidos

¿Qué
clase
de texto
puede nacer
de un
sueño ?

Tengo una libreta junto a mi cama, ésta en donde me encuentro escribiendo ahora mismo, es un ejercicio de escritura libre en el que no tengo idea de lo que puede intervenir, es un acto de espontaneidad —como los sueños— pero aun así espero sea de interés —si es que alguien alguna vez lo lee—. En resumen, estas palabras existen gracias a un sueño, una suerte de experiencia que se presentó como si hubiera estado hecha para ese momento y ningún otro. Quizá debería de establecer dos puntos, ¿no? Uno de inicio y otro de final, así podría evitar espirales de palabras y guiar —a quien sea— por el camino de lo que quiero contar. Puede que una “presentación” sea lo mejor o al menos, un intento de ésta.

Sepan que no soy escritor, que la libreta que está junto a mi cama sólo es para escribir inquietudes que pueda tener, que la presentación va a ser estructurada para evitar experimentos que puedan terminar en abominaciones sin sentido, en fin con la experiencia que tengo sé que hay quienes se saltan esta parte, así que supongo no tiene mucha importancia.



(Diría que la Presentación inicia aquí)

Imagino que la situación tuvo un pasado, uno que no recuerdo pero del que puedo hablar porque... si lo que pasó fue un sueño, es válido que imagine lo que pudo suceder antes ¿no? La situación habría iniciado así:

No supe con claridad qué era lo que me había atraído de aquel grupo, quizá sólo se trataba de simple curiosidad provocada por las historias de mi abuelo, algo tan común que sólo con teclear su nombre en Internet hubiera bastado para calmarla... Y por si se lo estaban preguntando, sí lo hice. Aquel mismo día y desde la comodidad de mi hogar logré encontrar mucha información sobre ellos, incluso me vi privilegiado al poder

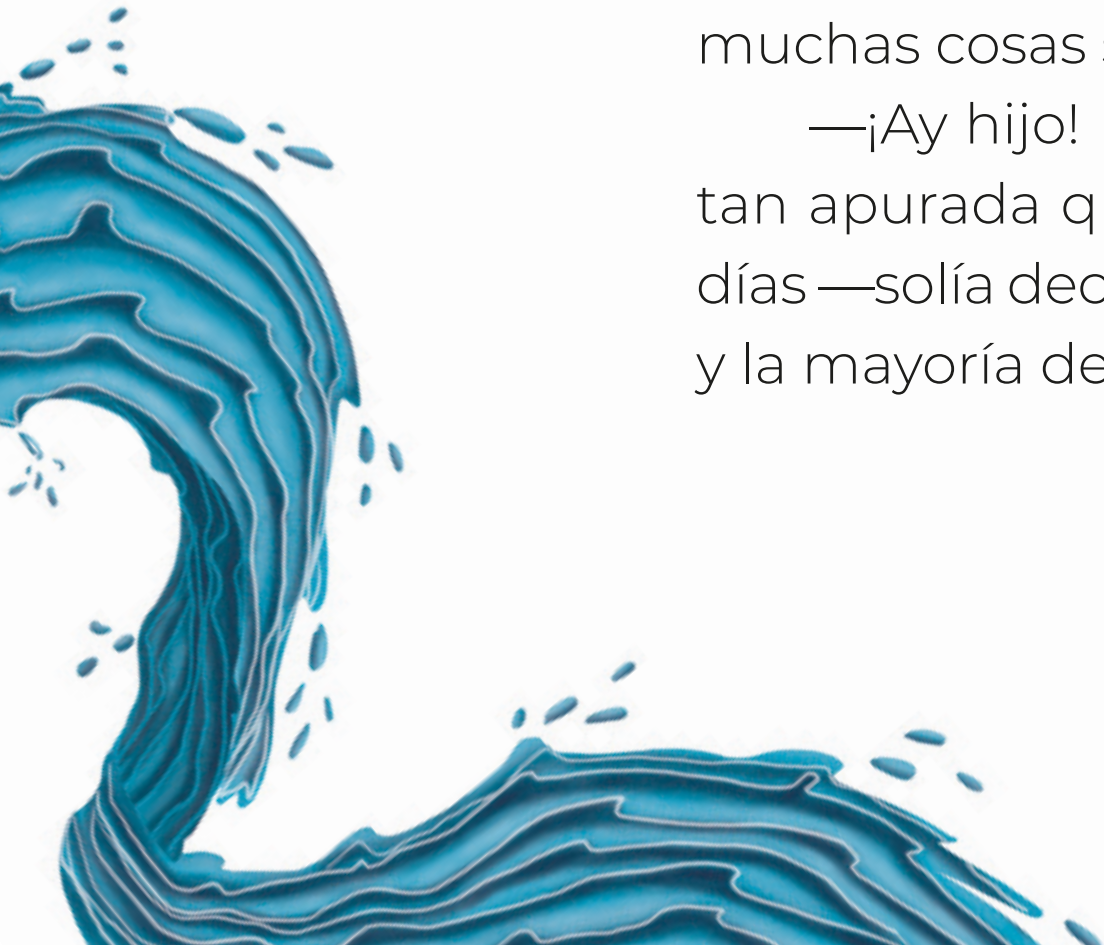


tener acceso a imágenes que mostraban, con claridad, el tipo de vida que llevaban. —¡Qué gran ventaja! —pensé en aquel momento. Como si la curiosidad hubiera muerto de golpe, decidí cerrar mi computadora e irme a hacer algo más importante, una decisión que después recordaría como estúpida.

Dada la inmediatez con la que las personas que viven en las ciudades se ven condenadas, no me di el tiempo de detenerme, no como solía hacerlo mi abuelo cada mañana para ver su pueblo. Con la gente que siempre va corriendo, la inmensa cantidad de automóviles que uno ve, la continua información —la mayor parte inútil— que transmiten en la televisión, surge la necesidad de preguntarme ¿qué tan difícil es pensar en la ciudad? Este ejercicio requiere de tiempo, tiempo que no se tiene ya cuando se está invadido por el caótico espacio que es la ciudad y yo estaba allí, en ese punto en donde pensar no está dentro de las prioridades de este sistema.

Tuve la fortuna de crecer en dos lugares: la ciudad y el campo. Gracias a eso entendía la importancia de detenerse, de que aprovechar el tiempo no siempre implicaba hacer muchas cosas sino en ser consciente de lo que se quiere.

—¡Ay hijo! No sé cómo puedes vivir allá, la gente está tan apurada que a veces se olvidan de darse los buenos días —solía decirme mi abuelo. —Son un montón de gente y la mayoría de ustedes se desconoce.



Muchas veces me parecía simpático lo que él decía, pensaba que por su edad ya no era capaz de entender todo lo que hablaba. ¿Quién piensa en darle los buenos días a cada persona que se encuentra de frente? Por mucho tiempo no tomé en cuenta los comentarios que mi abuelo solía decir, me gustaba pasar tiempo en ese pueblo y más aun con él.

Hay gente que es de un solo lugar, que nace en la ciudad y decide quedarse ahí toda la vida. Por fortuna, yo no era así, la vida me había obsequiado un gran regalo, me dio la oportunidad de ser de dos lugares. Entender que la idea de unidad no era para mí, que mi cuerpo siempre iba a estar fragmentado y eso me provocaba una continua necesidad de moverme, de tener la suficiente fuerza para viajar constantemente. Siempre iba a extrañar algo, eso sí lo sabía.

Recuerdo que ya habían pasado algunos días desde que decidí matar la curiosidad sobre aquel grupo y como si de una casualidad se hubiera tratado vino a mi mente algo que mi abuelo me contó alguna vez. Él decía que en su pueblo aquellos que hablaban una lengua diferente al español eran mal vistos, la gente decía que éstas pertenecían a los antepasados y no a nosotros, quienes ya éramos personas diferentes. Lo cual me dejó pensando un largo rato, ¿qué importancia tiene? ¿Por qué mi abuelo sentía interés ante algo así? La problemática devino de nuevo en curiosidad, pero una diferente a la que había tenido días antes.



Me dediqué a buscar por Internet y en aquellas secciones, ésas que están pérdidas porque a la mayoría no les interesan encontré lo siguiente:

Nación

Los habitantes que se pierden en su propio territorio.

Si bien aun se sabe de los pueblos indígenas existentes en el territorio mexicano, la realidad es que pocas veces se dirige la mirada hacia estos. La constante invasión de la cultura extranjera ha provocado que, en la mayoría de los casos, uno desconozca a dichos grupos originarios. La crisis por la que deben pasar no solo es económica o política, sino también es debido a una falta de atención, del (re)conocer la importancia que tienen para formar la identidad de nuestro territorio.

*David Díaz, escritor.
20 de Noviembre.*

Aquella breve nota, o reflexión según la considero yo, fue suficiente para darme cuenta del error que había cometido. La velocidad a la que se mueve la ciudad me hizo pensar que era suficiente teclear un nombre, mirar algunas imágenes y que con eso podría conocer a un pueblo. —Si mi abuelo siguiera aquí me habría golpeado —pensé. Ese día tomé la decisión, era claro que entre aquel pueblo y yo había algo en común, al menos eso era lo que quería creer, por lo que sin pensarlo mucho tiempo decidí irme al norte, allá en donde cuentan habita esa gente.

Esta presentación, que había planeado fuera más corta de lo que ahora veo, sea pues una invitación a conocer a través de un sueño la vida en diferentes planos de un pueblo originario de este vasto territorio llamado México. Díganle diario, apuntes, intento de investigación... o un simple ejercicio de la imaginación.

P.D.

*Me di cuenta que no coloqué el nombre de
quienes voy a hablarles.
Son los Seris.*

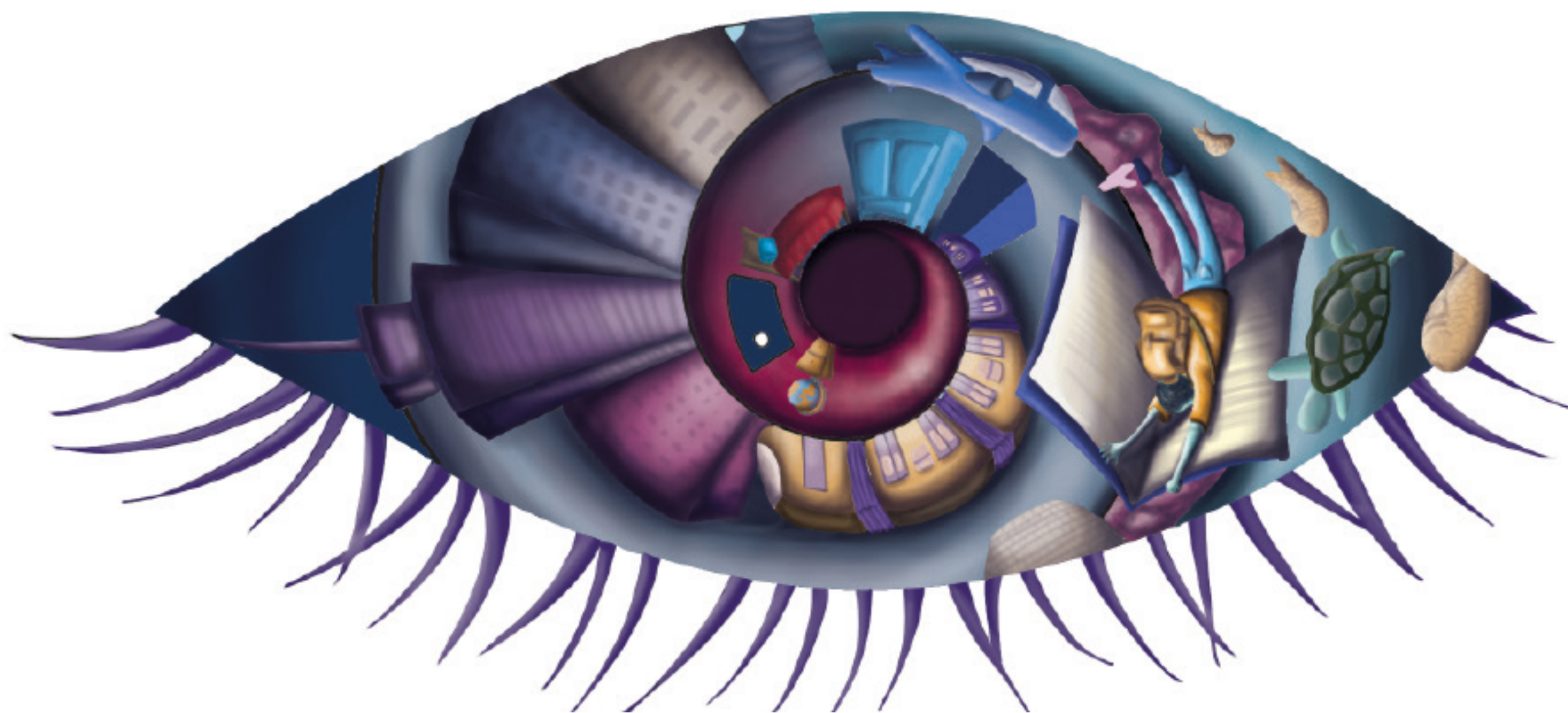


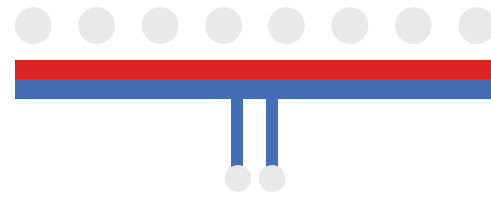


Índice

Presentación de un sueño	4
Por mi abuelo	16
Antes de cruzar	21
Hombre agua y hombre artesano	27
Las manos y el rostro	37
Tortuga	44
Catálogo visual del Pueblo <i>Comcaac</i>	54

Por mi abuelo





Así una vez terminada aquella larga presentación, puedo contarles cómo es que inició este viaje —ficticio claro— o eso depende de cada uno:

Quisiera decir que en el transcurso del viaje me sucedieron situaciones poco comunes, pero al parecer ni en los sueños sucede esto. Que hubiera una especie de señal divina que me dijera que aquel camino que decidí tomar había sido el correcto, pero no.

La verdad era que se trataba de la primera vez que viajaba en... avión, autobús, caminando; lo que ustedes quieran imaginar. Por eso no sabía qué tipo de situaciones podría experimentar. Seguro había unas cuantas personas groseras que hicieron que mi viaje no fuera tranquilo, lo cual agradecí pues es divertido ver lo absurdo que éstas lucen.

Cuando llegué a esas tierras del norte, me di cuenta de que aquel territorio que siempre había considerado uno, en realidad

estaba compuesto por pequeños fragmentos, darme cuenta de esto me hizo ver lo lejos que ya estaba de casa y que era un extraño en mi propio territorio... la gente de aquí lo sabía.

Antes de dirigirme al lugar donde los *Seris* habitaban, decidí preguntar por ellos a las personas ajenas a este pueblo. Unas cuantas se tomaron el tiempo de responder algo, mientras otras más sólo decían —No, no tengo tiempo— sin detener el paso. A continuación anexo una de estas —y las más interesante— entrevistas ficticias:

Vi un hombre, diría que tenía alrededor de unos sesenta años, más o menos. Me miraba como si supiera lo que hacía en aquel lugar —al haber sido un sueño no me sorprende—. Decidí acercarme a él y antes de que pudiera decir algo me sonrió.

—Buenos días —le dije.

—Eso depende de uno —respondió aun conservando la sonrisa.

—¿Qué? Bueno, no importa. ¿Puedo preguntarle algo?

—Lo que quiera joven, para eso estoy aquí.

—¿Conoce a los *Seris*?

Permaneció un rato callado, pensando. Un hombre de su edad debe tener un sinfín de recuerdos.

—Claro, son un pueblo originario de estas tierras. Viven en *Punta Chueca* y... bueno, no recuerdo el otro nombre.

—¿Y qué sabe de ellos?

—Pues son antiguos, muy viejos. Viven alejados de todo esto porque aún creen en sus propias tradiciones.

—¿Usted los ha visto?

—La verdad no. Cuando ya eres viejo y creces en un mismo lugar como yo... a veces se te olvida que hay otros allá— se quedó en silencio, como si un recuerdo le viniera a la memoria. —Sabe, a veces los envidio. Pienso que el mantener ciertas costumbres los hace vivir mejor que uno.

—Mi abuelo decía lo mismo —dije sonriente. —Allá en su pueblo tenían tradiciones que él disfrutaba mucho... pero con el tiempo dejaron de ser importantes.

—Pues sí a veces pasa. Uno anhela estar en otro lugar— me miró. —Pero ¿por qué sigue aquí?

—¿Perdón?

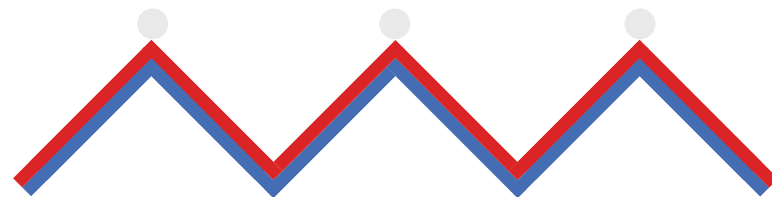
—No pierda tiempo con un viejo como yo. Si quiere saber de ellos... pues es con ellos con quien tiene que hablar. Un pueblo se conoce cuando lo hablan sus propias voces, no lo olvide.

Así me despidió aquel hombre, al menos eso es lo que recuerdo. Se parecía mucho a mi abuelo, incluso tuve la idea de que había sido él y que estaba aquí para ayudarme. —¡Qué carajo soñé!



Antes de cruzar





Aún tenía la imagen de aquel hombre, por alguna razón sentía que el encontrarlo no había sido casualidad, ¿un sueño puede acomodarse a lo que uno quiere? Si me lo preguntan no tengo idea, tal vez si alguien lee esto y tiene conocimiento en aquel campo puede dar una respuesta —siéntase libre de escribirla en cualquier parte de aquí— o plantear una teoría.

Por si se lo estaban preguntando no, mi abuelo no tiene relación con los *Seris*. Lo que pasa es que a él le atraen ese tipo de cosas, le gusta mucho pensar en el pasado del territorio. A veces, cuando me contaba historias de su pueblo o de otros, sus ojos brillaban mucho, era una gran fascinación la que mostraba al hablar de estos.

Quizá hago esto por él y no por mí, quizás estas palabras son suyas y no mías, quizás ese sueño que tuve y que ahora escribo fue de él y no mío. Pienso todo esto mientras me dirijo a su territorio, a ver a las personas que son motivo de todo este viaje.

Seguro se sorprenden de que pueda escribir todo esto, que el sueño que tuve pueda ser plasmado en estas palabras. Recuerden que les dije que esto era un ejercicio de escritura libre y las palabras que aquí intervienen son las que éste requiere.

No necesité estar dormido para saber que los *Seris* habitan en dos lugares: la ya mencionada *Punta Chueca* y *El desemboque*. Eso lo supe gracias a la rápida consulta que había hecho de ellos en Internet.

Recuerdo el alejarme de aquella ciudad del norte —Hermosillo— ver como el paisaje cambiaba de lo sobreexplotado a una desolación. Era de ese tipo de vistas que sólo puedes tener en una carretera, en donde el vidrio del coche no puede estar ni muy arriba ni muy abajo. Pero había algo diferente, el viento tenía otro olor... era antiguo llegando casi a lo mágico —quien lea esto decidirá creerlo o no— y fue ahí cuando entendí que este viaje —sueño— había valido la pena. ¿Hay algún sueño que no la valga?

Escribiendo esto recordé una conversación que tuve con mi abuelo, era algo que había vivido junto al suyo:

Había regresado de buscar un medicamento para mi abuelo, pues me había dicho que la cabeza le dolía mucho, que desde temprano se sentía así. Cuando entré de nuevo a su cocina —un cuarto junto a su casa hecho de madera— había un olor diferente en el aire.

—¿Qué es eso?

—Es para mi dolor de cabeza— dijo mientras soplaba para

mantener la flama del anafre.

—Te traje esto— le estiré la mano para darle la caja.

—¡No qué! Yo no quiero esas cosas, eso nada más daña el cuerpo, llévatelas —me respondió molesto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quemar una hierbas como me enseñó mi abuelo.

—¿Y eso funciona? —pregunté incrédulo.

—¡Claro!— continuó soplando. —Mi abuelo decía que los dolores del cuerpo eran provocados porque lo forzamos demasiado y no se le deja descansar. Él se sentaba, quemaba unas hierbas y empezaba a respirar el humo que soltaban.

—¿Y eso se sigue haciendo aquí?

—Ya no tanto. Mucha gente usa puros medicamentos y... pues también está bien. Pero luego por eso hay a quienes se les olvidan estos remedios y eso no está bien.

—¿Y para qué sirve?

—Salvia blanca, relaja el cuerpo. Mi abuelo siempre me decía lo importante que era cuidarlo.

Después de eso no hice más que quedarme junto a él, siendo testigo y partícipe de aquel antiguo momento, un acto enteramente de creencia y verdad. (*Nota: Te amo abuelo.*)

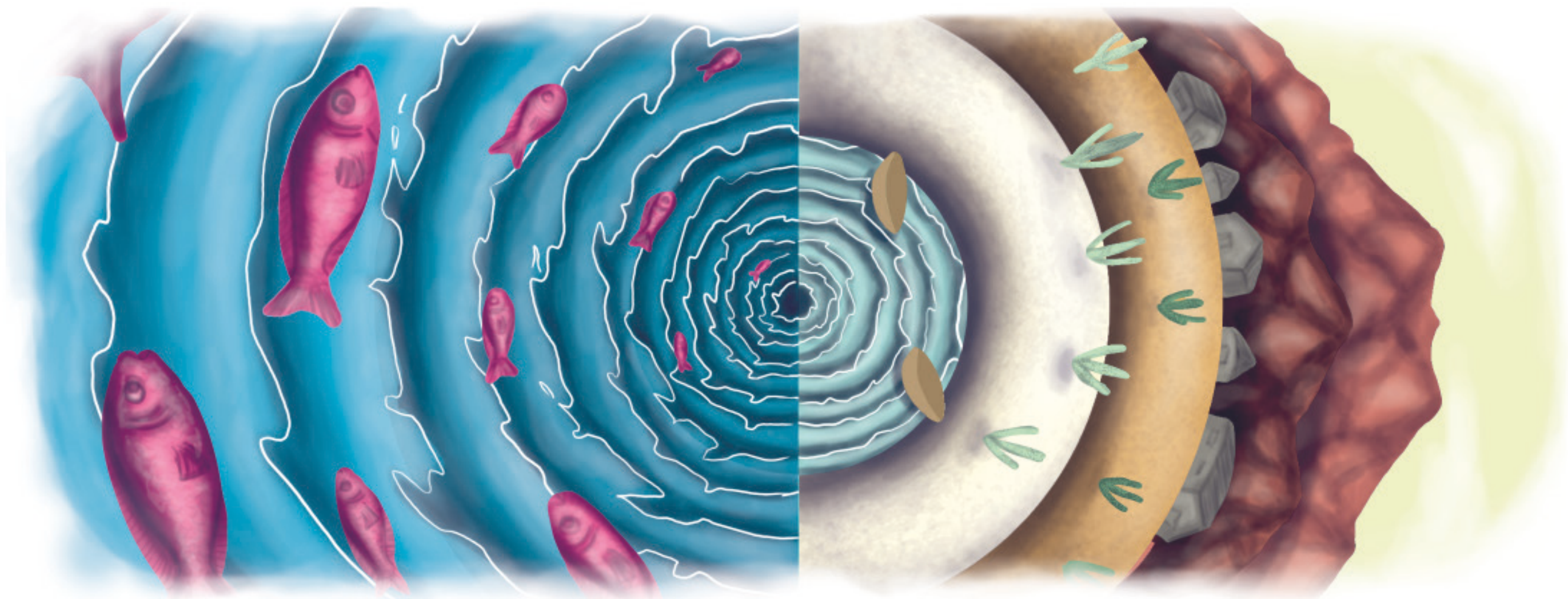
Así era mi abuelo, un hombre que vivía rodeado por el progreso pero que dirigía la mirada a su origen.

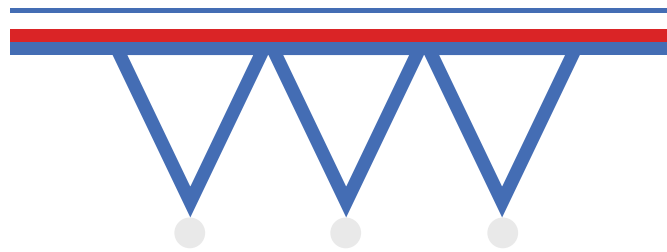
Regresando al sueño. Antes creía que el cielo era igual en todos lados, pero fue gracias a aquel viaje en donde me di

cuenta de la verdad... el cielo se ve más cerca aquí en el norte. Después de un largo viaje finalmente lo vi, un viejo cartel colocado al lado de la carretera que decía: *Bienvenido a Punta Chueca*. —Espero de verdad ser bienvenido— pensé. Y así crucé esa delgada e invisible frontera que nos dividía.



Hombre agua y Hombre artesano





Aquella comunidad me recordaba mucho al pueblo de mi abuelo, un lugar rodeado por enormes cerros, con la diferencia de que éste poseía un gran cuerpo de agua. Tenía la característica que mi abuelo más apreciaba, una vista libre de la naturaleza que nos rodea. Algunos niños jugaban entre ellos y veía a algunas mujeres que tejían una especie de cestos. —¡Qué maravilloso trabajo! —pensé. Mientras admiraba el lugar y mi mente recordaba todas las historias que me contaba mi abuelo, un hombre interrumpió aquel íntimo momento. Tenía alrededor de unos setenta años, más o menos no importa. Se acercó sin cautela alguna y dijo:

—Buenos días.

—Qué tal, buenos días.

—¿Tú no eres de por aquí verdad?

—No, vengo de visita. Me llamo, Héctor.

—¡Turista! Quieres decir que tú eres un turista.

—Sí, se podría decir eso.

Aquel hombre permaneció en silencio, su mirada cambiaba de dirección constantemente como si estuviera pensando en algo. No necesito decirles que se hizo uno de esos silencios incómodos en donde uno espera que algo ocurra para romperlo —incluso esperé algo fantástico—. Decidí tomar la iniciativa:

—¿Pasa algo?

—No, no. Ya es común que haya turistas por aquí, mira —dijo señalando el paisaje. —Unos vienen por eso y otros por lo que nosotros fabricamos.

—¿Puede ayudarme?

—Ahorita no, tengo cosas que hacer. Ve a dar una vuelta y luego vienes a mi casa.

El hombre se retiró sin decir más y decidí hacer lo que él me había recomendado. No era un lugar tan grande, sin embargo era esa intimidad lo que lo hacía maravilloso.

—Casi me olvido de esto —me dije.

Cuando mi abuelo murió dejé de ir a su pueblo, ya no tenía razones para hacerlo. Mucha gente había aceptado el cambio, avanzar con lo que se iba desarrollando. Eso no tiene nada de malo, a menos que uno deje que se convierta en algo invasivo ¿no creen? En fin, la muerte de mi abuelo no forma parte de esta historia —este es el problema cuando uno hace este tipo de ejercicios— sigamos.

Cerca de aquel cuerpo de agua —el golfo de Baja California

si no me equivoco— pude ver algunos botes, eran viejos y gastados lo cual reflejaba el uso que estos habían tenido. Era un pueblo en el que la pesca, según me contaron, era una de sus actividades principales.

Un hombre de unos treinta años, se encontraba cerca de uno de esos botes y por curiosidad decidí acercarme a él —eso hace uno cuando tiene una inquietud ¿no?— esperando pudiera decirme algo.

—Buenos días señor, le dije.

—No me llamo así, soy Alfredo.

—Perdón, no lo sabía.

—Tú no eres de por acá ¿qué quieres?

—Vine por curiosidad —dije, pero su mirada tan seria me hizo completar aún más mi respuesta. —Bueno... vine por mi abuelo.

Es curioso ¿no? Conforme escribo esto, me convengo cada vez más que este sueño es de mi abuelo y no mío, ¿uno puede tener sueños que no son suyos? Supongo que sí, cada quien tendrá su respuesta. *(Continúa.)*

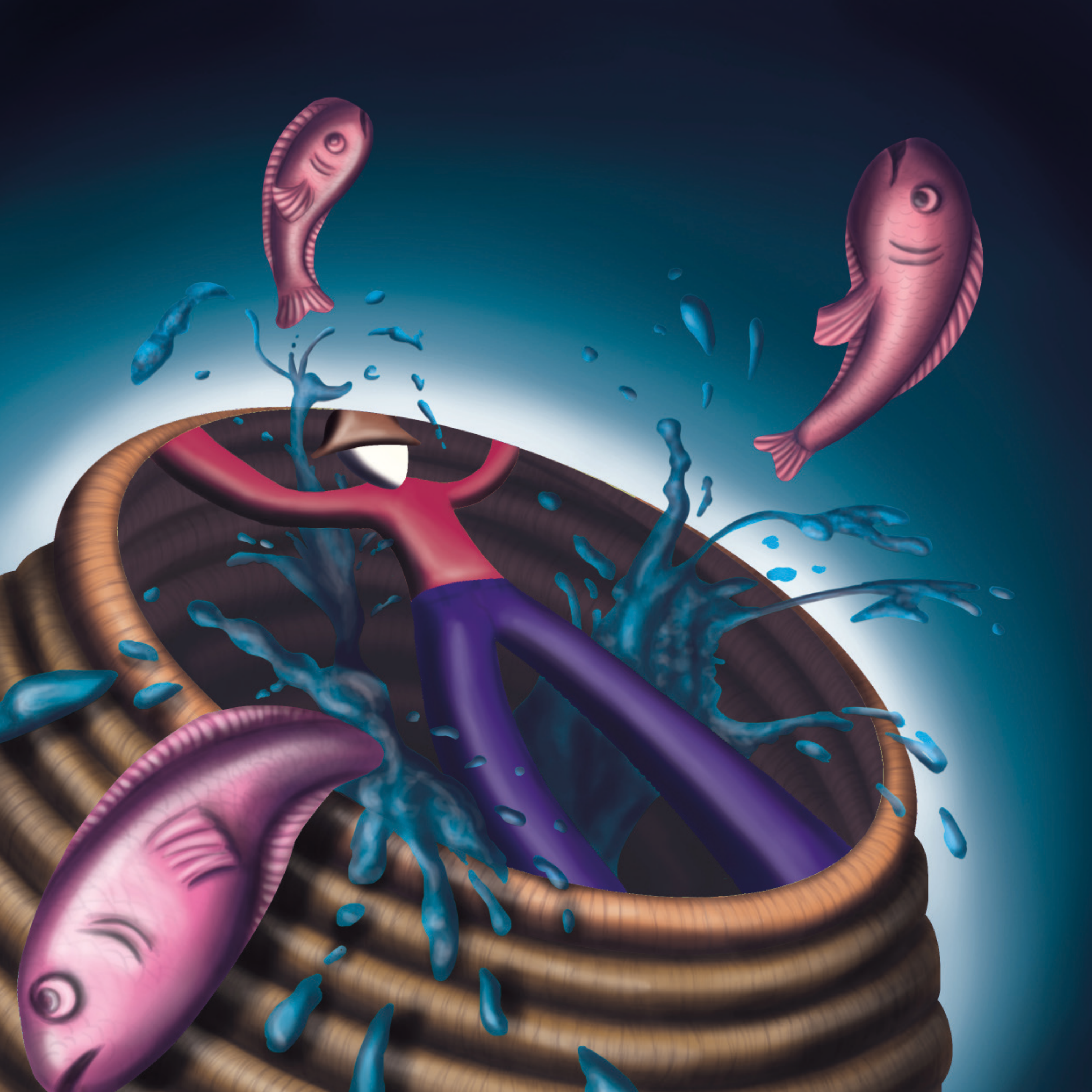
—¿Su abuelo es *Seri*? ¿Vive aquí?

—No, ya murió y tampoco fue *Seri*, pero le gustaba aprender de otros pueblos. Le recordaban al suyo.

—Como el nuestro.

—Sí —le sonreí.

—Es de los pocos —dijo. Permaneció callado admirando



aquel cuerpo de agua, luego dirigió su mirada hacia mí. —No hay muchos. Hay personas que hablan de nosotros como si estuviéramos por debajo de ellos. *Los Cocsar*¹ nos ven como ajenos a este territorio.

—¿Los Cocsar?

—Así le decimos a la gente que no es de nuestro pueblo. Así como tú.

—¿Les gusta la pesca? —pregunté para desviar aquel comentario.

—Es lo que nos enseñaron nuestro antepasados. Ellos lo hicieron para sobrevivir— hundió una de sus manos en el agua. —Sabes... nosotros los *Seris* somos como el agua, siempre estamos en movimiento.

—¿Son nómadas?

—Sí así le quieres decir. Antes lo éramos más, bueno nosotros no, nuestros ancestros. Seguían a los peces por toda la franja... Un pueblo en movimiento.

Abro un paréntesis. Ese comentario me recordó a mi propia situación, soy una persona de dos lugares, acostumbrado a moverme y apreciar —lo mejor que puedo— cada lugar en el que estoy. Los *Seris* y yo compartíamos esa sensación de no poder pertenecer a un solo lugar... pero por causas distintas.

—¿Por qué estar en un lugar como éste? Tan lejano y solitario.

1 Nombre que reciben las personas ajenas al pueblo Seri.

—Hay historias, demasiadas. Pero si quieres saber pregúntale a Francisco, él sabe mejor que nadie.

La casa que había señalado era la del primer hombre con el que hablé, por lo que veo ya era hora de reunirme. ¿Casualidad? Seguro que sí.

Era un hogar con bastante edad, las paredes lucían viejas por el tiempo y el clima que debían soportar. De la puerta salió Francisco, como si el ver a su casa hubiera sido la señal que él estaba esperando. Tomó asiento en una banca que había fabricado con sus propias manos y el material que aquel lugar les daba, ahí me esperó.

—¿Cómo te fue? —dijo una vez estuve sentado.

—Es un lugar pequeño, no hay mucho que hacer.

—Si hablas con la gente, te darás cuenta de que eso es mentira.

—Hablé con uno, estaba ahí sentado en su bote.

—Sí, es Alfredo. Le gusta bastante estar en el agua.

—Me habló de sus antepasados. De cómo los *Seris* aprendieron a pescar y de cómo se veían relacionados con el agua...

—me di cuenta de que su rostro mostraba disgusto. —¿Pasa algo?

—No es nuestro nombre, eso nos lo pusieron los *Yaquis*. Somos *Comca'ac*².

2 La gente.

—¿Comca´ac? Perdón no sabía.

—En español se traduce como “gente”.

—No lo había escuchado antes —dije tratando de que sonara como una disculpa.

—No es sorpresa. No muchos nos conocen así. Es un nombre que sólo se escucha aquí.

—¿Podría hablarme de ustedes?

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué aquí? ¿Por qué estar lejos de otras personas?

—Fueron nuestros antepasados. Cuando quisieron evangelizarlos ellos decidieron evitarlo. Buscaron alejarse de aquellos que querían destruir su identidad.

—Pero vivir en un desierto es duro ¿no?

—No tanto, porque tenemos quienes nos ayudan. Eso lo sabían los primeros.

—¿Otras tribus? —pregunté confundido.

—No, el desierto posee espíritu al igual que todo lo que habita en él. Las plantas y los animales les contaron sus secretos y nuestros ancestros supieron escucharlos, y eso formó parte de nuestras creencias.

Si alguien está leyendo esto sepa que sí, creo en la existencia de seres sobrenaturales en este territorio: *Aluxes*, *Chaneques*, *la Mujer Venado*, entre otros. Lo ritual era el tema favorito de mi abuelo, la idea de un plano terrestre y otro espiritual que se juntaban le parecía fascinante. Este tipo de creencias —créanlo

o no— forman parte de la identidad de este territorio. Me encantan esas historias, espero algún día poder contarlas a alguien.

—Es una relación de respeto. La naturaleza nos ayuda y nosotros le damos las gracias: cantamos, bailamos y la celebramos.

—No es como la ciudad.

—¡Para nada! —dijo molesto. —Ustedes la hicieron a un lado en lugar de respetarla y eso que es mucho más antigua que nosotros.

Ese comentario me recordó a cuando mi abuelo decidió abandonar su pueblo. Debido al cambio que estaba sufriendo éste, me dijo que ya no reconocía el lugar y que no podía quedarse. Decidió irse y nunca pudo volver.

—Mira —Francisco tomó una pequeña figura tallada a mano. —Es un *Icooc-molca*³, antes se usaban para los ritos y celebraciones, eran los *Haco-cama*⁴ quienes los utilizaban. Hoy ya no tanto, la mayoría se hacen para venderlos.

—¿Qué es? —le pregunté mientras sentía el detalle de aquella figura.

—Palo fierro, se hace con la madera que ya no le sirve... bueno ya no siempre es así. Como lo venden, necesitan más y a veces lo cortan.

—¿Y cómo lo hace?

—Pues uno se lo imagina, con el tiempo es sencillo. También

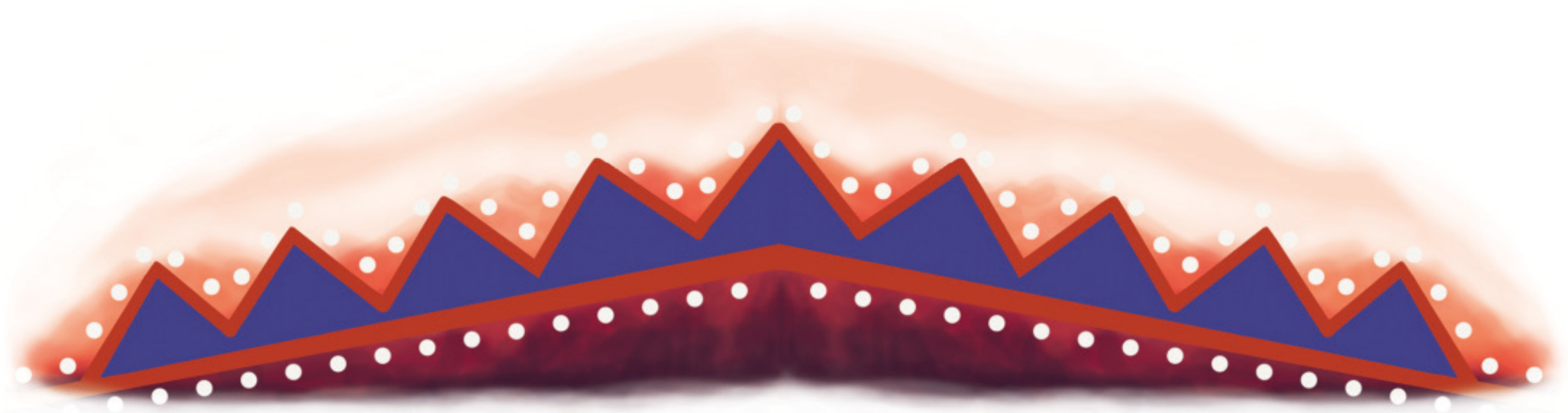
3 Santos Seris.

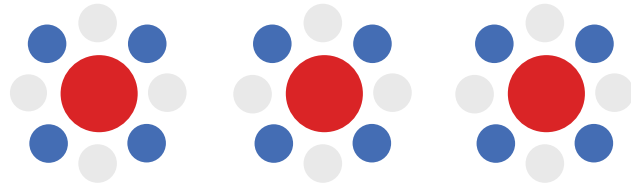
4 Espiritistas/Chamanes.

depende el tamaño que tenga el palo es lo que se puede tallar— se quedó pensativo mirando la figura. —Bueno, ya estoy viejo y necesito descansar, si no te importa me tengo que ir— se levantó y antes de entrar me dijo. —Si quieres puedes quedarte aquí conmigo, aunque dormirías en el piso.

—Se lo agradezco —dejé con cuidado aquella figura, y entré junto con aquel hombre que... en cierto modo me recordaba mucho a mi abuelo.

Las
Manos
y el
rostro





¿No les parece extraño? Irse a dormir cuando lo que uno vive es un sueño, no busco darle una lógica a esto —si alguien quiere hacerlo siéntase libre— sólo fue un comentario. Regreso a lo importante.

A la mañana siguiente salí temprano de la casa de Francisco y noté que en el pueblo ya había una gran actividad. A lo lejos pude ver la silueta de una mujer que se encontraba sentada en el suelo, se encontraba haciendo algo pero no podía ver qué era, así que decidí acercarme.

—Buenos días señora —le dije.

—Juana, me llamo Juana. Buenos días —dijo mientras juntaba pequeños montículos de hierbas. —¿Tú fuiste el que llegó ayer, verdad? Francisco me dijo lo que estás haciendo.

—¿Y qué hago?

—Preguntar cosas del pueblo, de lo que hacían antes y de lo que hacen ahora.

—Sí, es por mi abuelo.

—¿Y qué quieres?

—Saber lo qué hace.

—Junto hierbas medicinales, es una forma de medicina tradicional.

Fue una respuesta directa, Juana no tenía intención de decir algo más, por lo que me dejó pensando qué tan pertinente sería preguntar otra cosa.

—Y... ¿qué tipo de hierbas tiene ahí?

—Eso no lo puedes saber tú— volvió a guardar silencio.

—¿Por qué?

—Es un secreto. Mi mamá me enseñó cómo prepararlas... Aquí en el pueblo se hereda el conocimiento a los jóvenes. Así respetamos a nuestros ancestros y lo que ellos descubrieron.

—Mi abuelo hacía algo así.

—¿Enserio? —preguntó curiosa.

—Sí. Cuando tenía algún dolor quemaba algunas hierbas y respiraba el humo. Decía que eran muy eficaces.

—Y lo son. La naturaleza nos da cosas que pueden ayudarnos. Pero hay que saber cuándo usarlas.

—¿Cómo? —no había entendido eso último.

—Nosotros no vamos y cortamos lo que sea —dijo. —Sólo cuando lo necesitamos, además le damos las gracias al territorio por cuidarnos.

Me gustaba hablar con Juana, era una mujer con gran

experiencia y eso hacía que no desperdiciara palabra alguna. Ver el trabajo que estaba haciendo era un ejemplo perfecto del pasado de estas tierras, sus manos se movían con tal naturalidad que causaba gozo el sólo verlas.

—Debe de venir mucha gente ¿verdad?

—Ya no tanto, la gente ahora prefiere la medicina moderna.

—A mi abuelo le pasó lo mismo.

—Está bien, los tiempos cambian —se quedó pensando. —

Pero a mí me enseñaron esto y es algo que quiero mantener vivo.

No había más que sinceridad en lo que había dicho. Era evidente lo que Francisco me dijo anoche, los *Comca'ac* sentían una profunda conexión con la naturaleza, tenían un culto hacia ésta.

—Debe ser difícil.

—Algo, a veces hace mucho calor y no llega nadie... pero es mi trabajo.

—¿No ha pensado en irse de aquí?

—¡No! —dijo sorprendida. —Yo soy de aquí y aquí me voy a quedar.

—Ojalá mi abuelo hubiera dicho eso —me dije en voz baja.

Me despedí de aquella mujer, a pesar de alejarme, varias veces volteaba para ver cómo continuaba trabajando. Pensar que en una sola persona se acumulaba la experiencia de otras generaciones sólo lo hacía más fascinante.



Sepan que leo lo que escribo cada cierto avance, así que me doy cuenta lo mucho que describo las experiencias simbólicas que viví durante el sueño, pero la verdad es que no encuentro otra manera —si alguien tiene sugerencias, aplíquenlas aquí para futuros lectores—. En fin, si han llegado a este punto supongo que no voy tan mal.

Me dirigía hacia donde me había encontrado a Alfredo el día de ayer, aquel cuerpo de agua reflejaba en su superficie la luz del sol, lo cual creó una bella imagen del lugar. Los botes seguían ahí, moviéndose gracias al agua pero de Alfredo no había rastro. En su lugar, sentada en la orilla se encontraba una mujer, tenía unas jícaras junto a ella de las que tomaba un poco de pintura para colocarla en su rostro. Me acerqué sin interrumpirla, sólo miraba el patrón que empezaba a formar. Una línea horizontal cruzaba por la mitad de la cara y de ésta salían otras más pequeñas que se cruzaban entre sí. Se veía concentrada en lo que hacía, cada trazó lo pintaba con mucha precisión, finalmente se dio cuenta de que yo estaba ahí.

—Buenas tardes —dijo mientras detenía lo que hacía.

—No, por favor continúa.

—Estaba practicando, puedo terminar después ¿se te ofrece algo?

—Sólo estaba viendo lo que hacías, es que... me voy a ver más tarde con Francisco aquí.

—Pues es una tradición, antes las mujeres *Seris* se pintaban

el rostro casi siempre. Algunos decían que era porque venimos de una mujer que también tenía el rostro pintado.

—¿Es una leyenda?

—Sí. Fue el primer ser que existió, nació del carrizo que crecía en la tierra. Tuvo hijos e incluso una niña que dicen, era hija del Sol. De ahí venimos.

Era la primer leyenda que escuchaban del pueblo *Seri* o *Comca'ac*, y pertenecía a un ser que daba origen a su existencia —como estas palabras que existen gracias a un sueño—.

—Así eran nuestras ancestras —dijo. —Pero ahora la mayoría nos pintamos el rostro sólo durante las celebraciones.

—¿Y ese diseño es tuyo?

—Me lo enseñó mi madre. Al igual que la primera mujer el dibujo es de color azul y el diseño tiene una relación con la naturaleza y con lo mágico que habita en ésta.

Le pedí que si podía pintarme a mí también. Ella se negó pues su madre le había enseñado que era un ritual de ellas, lo cual entendí perfectamente.

—Es un ritual que nos une a la naturaleza, somos un rostro que sabe a tierra— se levantó y comenzó a irse.

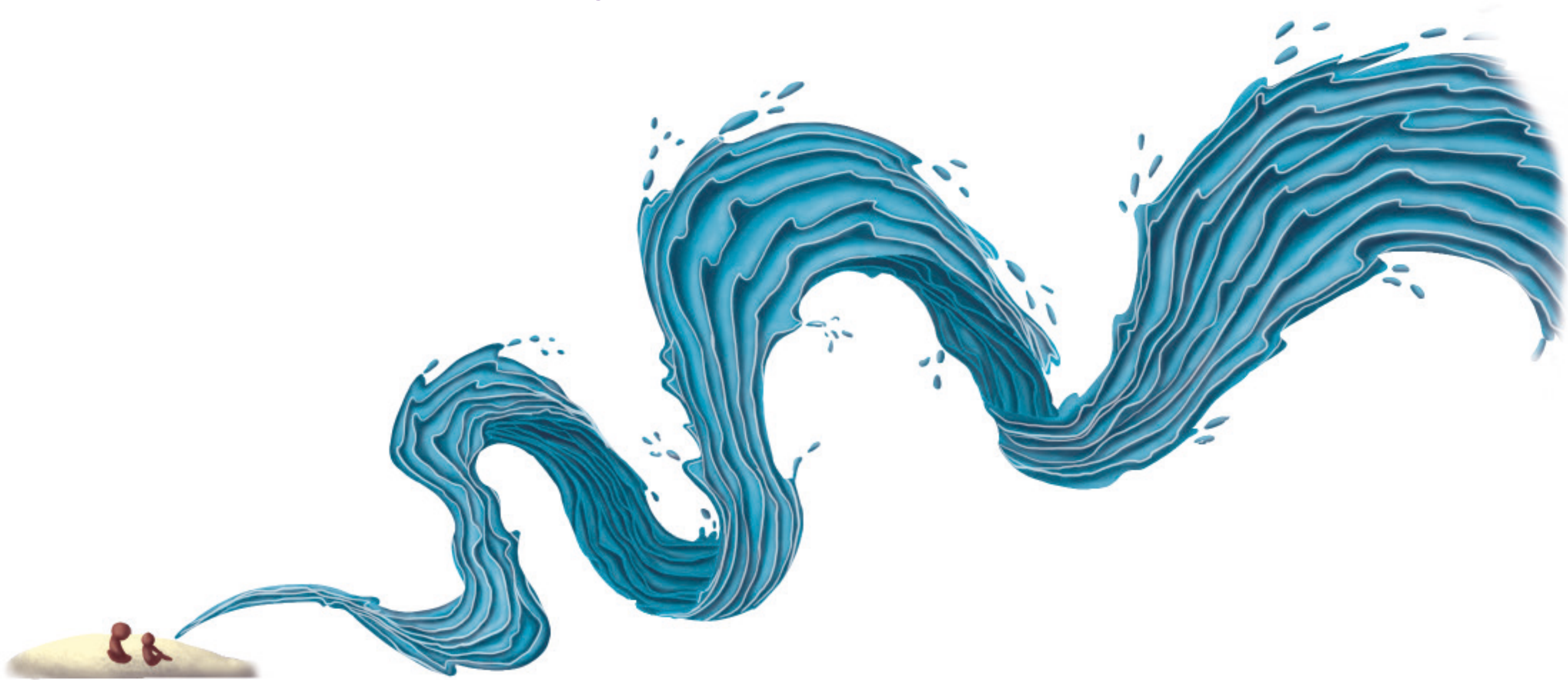
—¡Espera! —grité. —¿Cómo te llamas?

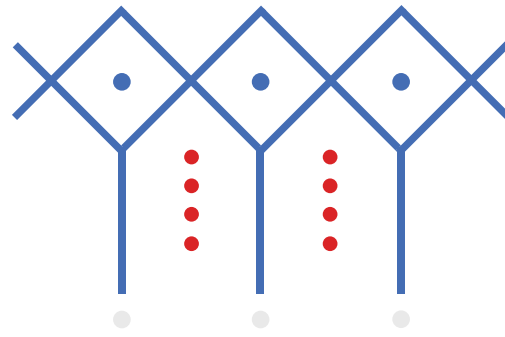
—Elsa.

—Gracias Elsa, soy Héctor.

Así se retiró del lugar aquella mujer, llevando en su rostro años de Historia y misticismo.

Tortuga





Mientras escribo esto trato de recordar cómo había sido la charla que tuve con Francisco. Después de tanto escribir admito que he olvidado algunos detalles —espero puedan comprenderlo—. Imagino —porque no estoy totalmente seguro— que debió ser algo así:

Elsa se había ido desde hace un rato, yo me quedé esperando a que Francisco llegara. En esa soledad, escuchar el sonido del agua que viene y va, se convirtió en mi melodía favorita, de acompañante estaba el viento que pasaba por todo mi cuerpo. El sol comenzaba a ocultarse, protegido por los cerros que se dibujaban a lo lejos.

—¿Admirando la vista? —Francisco había llegado de sorpresa.

—Hola... me asustó.

—¿Te fue bien hoy?

—Sí, conocí a dos mujeres: Juana y Elsa —le dije con emoción.

—Son fantásticas.

—Sí lo son.

—Oiga... Elsa me contó una leyenda de su pueblo y quería saber si...

—Quieres que te cuente otra.

No pude hacer nada más que asentir con la cabeza.

—Es una de las más viejas y tiene que ver con el mar: Nuestro pueblo creía que hace mucho tiempo sólo existía el cielo, el mar y los animales marinos. Un día estos se reunieron y tomaron la decisión de que debían conseguir un poco de arena para poder formar algo nuevo: la tierra— se metió al agua, lo suficiente para que ésta cubriera sus tobillos. —Decidieron bajar a buscarla al fondo del mar, pero era tan profundo que ninguno lo pudo conseguir. Llegó una tortuga, ella decidió intentarlo y tardó mucho tiempo pero al final lo consiguió. Tomó arena entre sus aletas y a pesar de que se le cayó un poco durante su regreso, lo que le sobró fue suficiente para formar la tierra en donde tú y yo estamos.

—¿En verdad pasó eso?

—Por supuesto. De no ser así no estaríamos aquí— se quedó mirándome. —¿No me crees?

—Sí claro, es sólo que...

—¿Tu abuelo te contó historias así?

—Sí, muchas veces.

—Entonces sabes que las historias de este territorio no se piensan desde la cabeza sino desde el espíritu.

Me quedé petrificado, ese tipo de comentarios solía decírmelos mi abuelo. Sé que es un sueño pero aun así... bueno es que se trata de mi abuelo. Todos tenemos a alguien que nos mantiene cuerdos en este loco mundo ¿no?

No le dije nada, sólo me quedé mirando la inmensidad del horizonte... estoy seguro de que al ver esa imagen sonreí.

—Así está mejor —dijo él como si supiera lo que me había pasado.

Ambos nos quedamos en silencio, admirando cómo el sol había casi desaparecido. Entre los últimos fragmentos de luz, pude ver la sombra de una tortuga moviéndose por el agua —¿imaginación?— tan libre como debía ser.

—¿La tortuga es muy importante para ustedes?

—Mucho, nosotros le decimos *Caguama de siete filos* o “tortuga laúd” como le dicen otros.

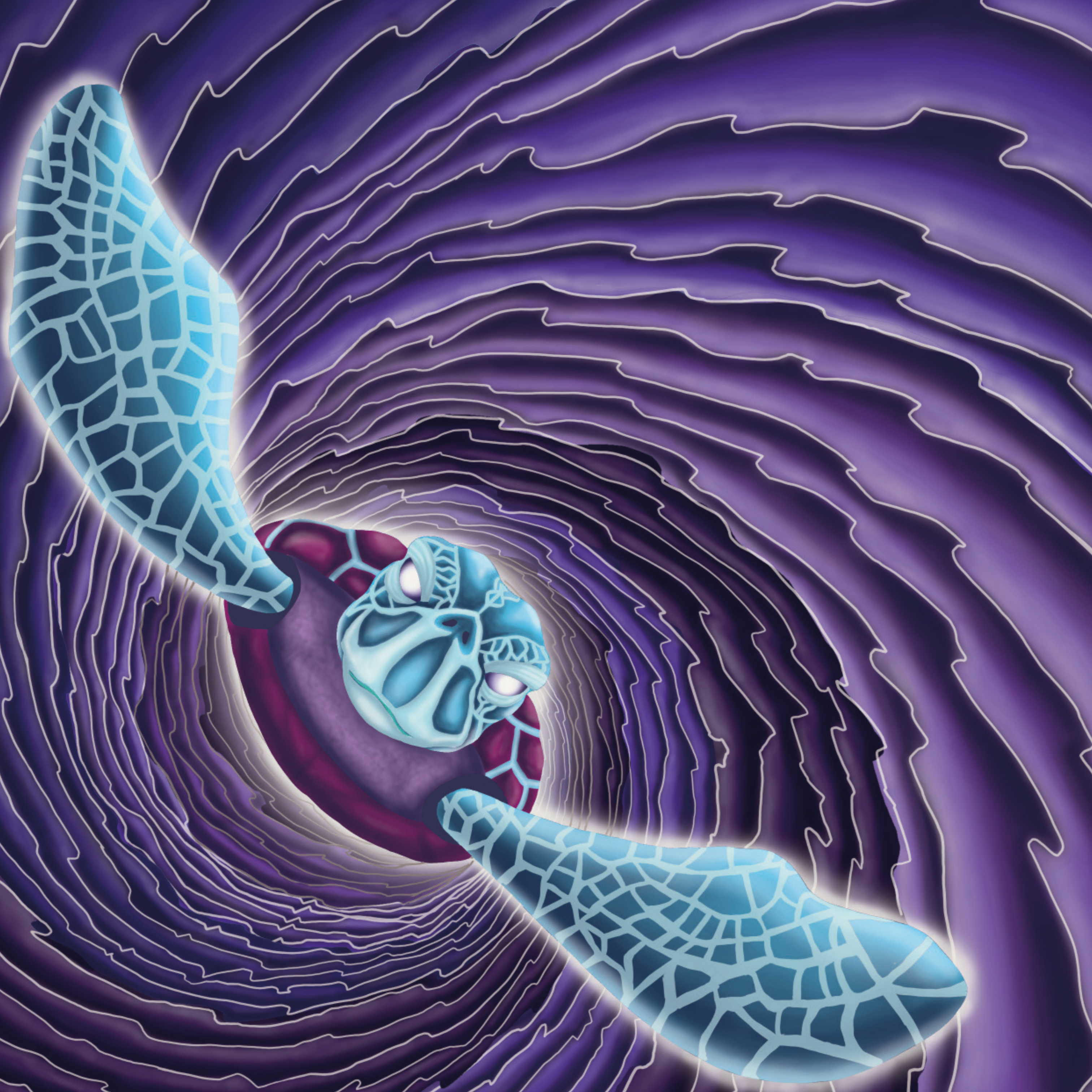
—¿Por la leyenda?

—Sí. Tanto para nuestros ancestros como para nosotros es importante. Tenemos una fiesta para ella— dibujó una tortuga en el suelo. —Cuando encontramos una le pedimos que se quede con nosotros... es como si fuera una persona más.

—¿Tienen una fiesta?

—¡Claro! La *Caguama de siete filos* es un espíritu antiguo del pueblo, como ya te dije es uno de los animales principales.

Noté que empezó a dibujar algunos trazos en el caparazón de la tortuga que plasmó en la arena. Algunos se parecían a los



que Elsa trazó en su rostro, ¿tenían alguna semejanza?

—¿Qué hace?

—Durante la fiesta decoramos el caparazón de la tortuga.

—¿Como las mujeres que pintan su rostro?

—Algo así. También funcionan como símbolos de unión con la naturaleza y del espíritu de ésta.

—¿Por qué habla tanto del espíritu de las cosas?

—Porque los tienen, sólo que a muchos se les olvida. Saber esto nos recuerda que formamos parte de la naturaleza— guardó silencio, estaba pensando. —Cada pueblo tiene creencias, sus símbolos y a partir de estos se construyen.

—No lo había pensado así.

—La fiesta de la *Caguama de siete filos* es tan importante que... en ocasiones la gente le llora cuando es liberada porque es como si despidieran a un habitante de nuestro pueblo para siempre.

Aunque había sido poco tiempo, Francisco tenía una característica muy peculiar: miraba mucho al horizonte, como si en su mente apareciera constantemente una sola imagen.

Paréntesis. ¿A ustedes les ha pasado algo así? Es una de esas imágenes fuertes que por más que uno lo intente no puede olvidarla, ya sea una persona o lugar, incluso una cosa. Cada quien tiene algo que le gusta recordar... Regresemos.

—¿En qué piensa?

—¿Perdón?

—Es que... bueno pasa mucho tiempo mirando al horizonte.

—Recuerdo las historias que mi padre me contaba— guardó silencio un momento. —De la tierra original del pueblo.

—Pero... pensé que antes eran un pueblo nómada ¿o no?

—Sí, en parte. Mi padre me decía que nuestros antepasados *Comca'ac*, después de mucho se asentaron en un lugar llamado *Isla Tiburón*.

—¿Y por qué la dejaron?

—Problemas, que no te quiero contar— a pesar de estar oscuro alcancé a ver una sonrisa en su rostro. —Como sabes nuestro territorio nos protege, nos cura y alimenta. Soy un hombre de tradiciones... así que no puedo evitar pensar en el pasado de mi pueblo.

—Mi abuelo habría dicho exactamente lo mismo— le sonreí.

Después le pregunté si no quería ir a dormir, a lo cual se negó. Dijo que quería seguir hablando, que le encantaba ver cómo alguien se interesaba en las historias del pueblo.

—A veces tratamos de enseñarles a los más jóvenes... pero hay a quienes no les interesa. Supongo que las cosas cambian.

—¿Cómo cuáles?

—Las fiestas. Por ejemplo la *Fiesta de año nuevo* o la *Fiesta de pubertad*... hay jóvenes a los que ya no les gusta participar. También hay otras que ya no se hacen, como por ejemplo las que son para la batalla.

—¿Siempre han sido iguales?

—Iguales no, pero sí con el mismo fin. Eran para el gozo y la diversión, también con éstas manteníamos a los espíritus contentos. Se baila y a veces, se canta también.

—¿Usted canta?— aquello había despertado mi curiosidad.

—Claro, para nosotros el canto es muy importante y tenemos para muchas cosas. Para sanar, para las fiestas, para los ritos.

—Para usted, ¿cuál es el más importante?

—El de sanar —respondió casi de inmediato. —El cuerpo es un obsequio que se nos dio y hay que cuidarlo. Pero estos cantos sólo pueden ser hechos por los chamanes, evocan a la tierra y con ella alivian— guardó un largo silencio. —Creo que es todo lo que puedo decirte, ahora sí quiero irme a dormir.

—Le agradezco mucho.

—Y yo a ti.

Ambos nos dirigimos a su casa para descansar. Había aprendido todo lo que pude de aquel sitio, no imaginaba que después de eso iba a despertar.

Y aquí me encuentro ahora, regresamos al principio en donde yo les advertía que esto era un sueño y que en cualquier momento iba a terminar. Supongo que los sueños dejan un poco de anhelo dentro de cada uno.

Sé que mi abuelo hubiera estado encantado de poder leer esto y más aun de saber que lo soñé.

Para evitar que esto se haga largo, sólo me queda agradecer a quienes llegaron hasta el final, y espero hayan disfrutado de leer esto tanto como yo lo hice al escribirlo. Tal vez no sea un buen escrito o tenga algunas faltas de ortografía pero... bueno, no sé si alguien lea esto pero sepan que nació de una necesidad de contarlo. Quizá se pierda y sea encontrado sesenta años después, más o menos no importa.

**En fin,
es una parte
de mi memoria.
Gracias.**

Héctor.

Bibliografía

RENTERÍA Valencia, Rodrigo Fernando. *Seris Pueblos indígenas del México contemporáneo*. México: CDI, 2007. (Digital)

Seris (Comca'ac). *Hombres de piedra que vinieron de las montañas*. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI. México, 2008. Serie "Nuestros pueblos, ahora..."

Lenguas indígenas en riesgo. Seris. México: CDI, 2005. (Digital.)



Catálogo Visual del Pueblo Comcaac

Este catálogo contiene información e imágenes importantes acerca del pueblo *Comcaac*, que permiten conocer más acerca de su cultura y hacer una lectura más amplia del texto y de las ilustraciones presentes en el libro.

Cosmovisión, ritos y actividades Productivas

La interpretación del mundo, los ritos, las fiestas y demás manifestaciones culturales del pueblo *Seri* tienen un carácter estrechamente relacionado con la naturaleza y con los aspectos biológicos y sociales de la reproducción del grupo.

Sus principales ritos están vinculados con ciclos de la vida como el nacimiento, el inicio de la pubertad y con la muerte.

Los *seris* habitan en una zona desértica con un clima extremoso, por ello ha sido imposible el desarrollo de la agricultura, así que aprovechan la flora y fauna de la zona. La pesca, junto con el tallado de palo fierro y la elaboración de coritas y collares, son las principales fuentes de ingresos para la familia *seri*.

La elaboración de las *coritas* se practica desde la época prehispánica y su producción es muy laboriosa, pues requiere de mucho tiempo, que varía entre un mes, si es pequeña (20 ´ 20 cm), hasta uno o dos años si es muy grande (1.5 ´ 1.5 m). Cuando se termina una de estas piezas se hace una ceremonia especial.

Es por ello que para muchas de las ilustraciones presentes en el libro se tomo como punto de partida la forma de las *coritas*, pues no solo son una artesanía icónica del pueblo *seri*, sino que también, debido a su forma circular, sirven para representar los ciclos, los cuales como ya vimos son de suma importancia dentro de su cultura y cosmovisión.



Santos Seri

Los santos *seris* son antiguos y poco conocidos, están hechos en madera de palo blanco y coloreados con colores vivos, tienen un acabado sencillo.

Representan el aspecto mágico y oculto de la vida cotidiana *comcaac*, pues cada uno tiene sus propias características y funciones, como el Santo del Tornado, que representa un hombre que apareció en el centro de un tornado y es el espíritu protector que propicia la longevidad; o la Mujer Guerrera, amuleto para la mujer sola que desea un hombre de pareja.



Unos se cuelgan a la entrada de las casas, otros se sacan a la luz de la luna, otros se dejan guardados... la mayoría vienen enmarcados por un arco que simboliza la cueva o el inframundo donde el *comcaac* obtiene la “visión”.

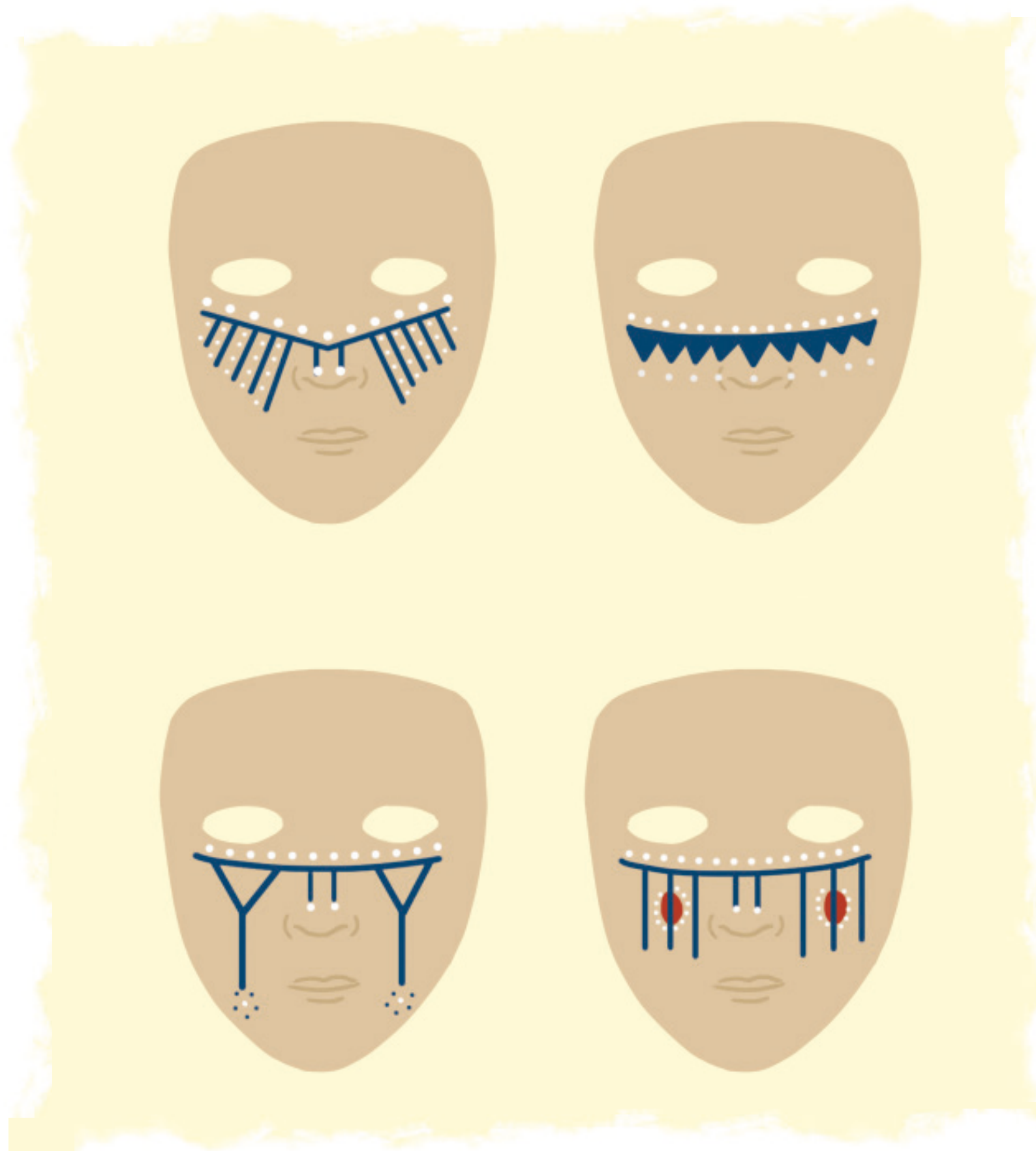
En la ilustración del texto *Entrada #3: Hombre Agua y Hombre Artesano*, se decidió representar a Francisco, el hombre viejo y sabio con quien el protagonista tiene un encuentro como un santo *seri*, por su función protectora con el pueblo.

Información recuperada de
<https://www.lutisuc.org/serisantos.html>

Pintura facial Comcaac

Se trata de dibujos de carácter sagrado asociados a una práctica cultural específica. Los colores empleados son blanco, azul y rojo, cada uno con su propio significado; el primero simboliza la suerte, el segundo el mar y el tercero la sangre.

Diseños elaborados por mujeres en el año nuevo seri 2015.



Diseños realizados
en la celebración de la fiesta de la pubertad.

Figuras que aparecen en la mayoría de los diseños:



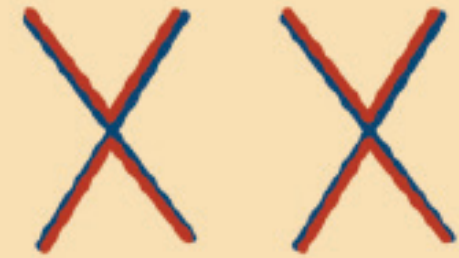
a)



b)



c)



d)

e)



f)



g)



h)



i)



- a) Esta figura aparece en la mayoría de los diseños que utilizan las mujeres
- b) *Xexisil*, significa flor
- c) “El monte”, lugar donde viven los animales
- d) *Casoaj*, significa poner en forma de cruz o cruzado
- e) Secuencia de líneas cruzadas
- f) Patrón realizado en 2016 en el año nuevo en una piedra que adornó la puerta de la ramada
- g) Eje horizontal
- h) Secuencia de zigzag
- i) *Azoj canoj*, estrella polar o incandescente



INPI
INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2020